

¿Qué ha ocurrido con el proletariado?

por Seymour Martín Lipset

Con el siguiente texto reanudamos la sección «Escrito en...» iniciada en el número segundo de CUENTA Y RAZÓN con el propósito de proporcionar al lector artículos muy significativos publicados en revistas extranjeras de propósitos semejantes a la nuestra y que, producto de una reflexión doctrinal de altura, pueden, sin embargo, tener una muy directa incidencia sobre el presente.

*En este número presentamos un interesante artículo procedente de la revista inglesa «*Encounter*», que es quizás la de mayor prestigio intelectual, dentro de una trayectoria ideológica liberal y democrática, de las que en aquel país se publican. «*Encounter*», dirigida en la actualidad por Melvin J. Laski y Anthony Thwaite, aparece mensualmente y en ella están presentes las preocupaciones literarias, políticas y culturales más diversas.*

El artículo que ofrecemos al lector se refiere a un problema cardinal en la interpretación marxista de la historia: el del papel de las clases, y más concretamente del proletariado, como motor de la historia. Frente a lo aducido por Marx, la realidad es que en los países democráticos el papel de la pertenencia a una clase social en la determinación del voto es decreciente; por el contrario, existe una nueva izquierda que pertenece a los estratos más privilegiados de la sociedad y cuyos intereses con frecuencia tienen poco que ver con aquellos que tienen menor nivel económico o cultural. En los países «socialistas» no ha desaparecido el dominio de una clase y es precisamente en ellos donde más sentido tiene la resistencia al poder de la oligarquía encaramada en el poder.

*Seymour Martin Lipset es uno de los principales sociólogos norteamericanos. Su libro «*Political Man*» puede ser considerado como un clásico en la sociología política contem-*

Muchas de las recientes discusiones sobre política de sociedades industriales o posindustriales avanzadas se han centrado en la emergencia de una oposición intelectual, basada en la clase con educación superior, que se asemeja en su comportamiento a la clase intelectual del imperio zarista o las naciones menos desarrolladas. Este grupo parece ser ahora el agente de cambio más dinámico, asumiendo el papel asignado por el marxismo al proletariado. En 1960 C. Wright Mills escribió criticando severamente a aquellos que continúan considerando a la clase trabajadora

como una agencia de continuidad del cambio radical. No ahorró palabras al señalar «la evidencia histórica realmente impresionante que ahora permanece frente a esta expectativa... un legado del marxismo Victoriano que ahora es bastante irreal». Propuso que aquéllos en el aña izquierda dirigiesen su atención hacia el aparato cultural, los intelectuales, como un posible e inmediato medio de cambio radical.

Esta pérdida de fe en la clase trabajadora de la sociedad tecnológicamente avanzada fue motivada por su relativa pa-

sividad política, y esto, irónicamente, ha sido contrarrestado por el comportamiento de los trabajadores en la Europa Oriental, desde la revuelta en la República Democrática Alemana, en 1953, a las huelgas polacas en 1980. ¿En qué medida persisten, a finales del siglo XX, las creencias marxistas respecto a la relación entre desarrollo económico y político y la lucha del proletariado por conseguir el socialismo? Para evaluar la utilidad del análisis marxista, uno debe distinguir entre Marx como un revolucionario milenario, convencido del resultado de la lucha de clases bajo el capitalismo, y Marx el sociólogo, cuyas propuestas y metodología analítica siguen proporcionando ideas importantes, aun cuando los acontecimientos han desafiado severamente sus expectativas políticas. Hacer esto implica mirar a la clase política en relación con la industrialización a la luz de un reconocimiento de que el sistema de estratificación y la lucha de clases se ven profundamente afectadas por el período tecnológico del momento (bien sea preindustrial, industrial o, como muchos países son hoy día, posindustriales). Este artículo trata de las suposiciones marxistas acerca de la relación económica y la política de las naciones industrializadas. Luego se convierte en una discusión sobre los efectos de la tecnología «posindustrial» sobre el conflicto político. Finalmente, se hace un examen de algunas consecuencias de la nueva desigualdad en las naciones socialistas.

MATERIALISMO HISTÓRICO Y LUCHA DE CLASES

El concepto de Marx acerca del materialismo histórico se centra en su teoría de cambio social. Asume que las fuerzas económicas y tecnológicas son principalmente «la base», y que la política y los valores son funcionalmente derivativos, «la superestructura». Basado en esta suposición, creía que el movimiento socialista, y finalmente la revolución proletaria, se desarrollaría con el crecimiento de la industrialización capitalista. La experiencia común de la explotación económica conduciría a los trabajadores hacia

la «conciencia de clase» y la comprensión de que ellos debían unirse para derrocar al capitalismo. La predicción de que el socialismo era «inevitável» se basaba en la creencia adicional de que los trabajadores se convertirían en la gran mayoría de la sociedad industrial, y que una vez esta mayoría tomase conciencia de clases, triunfaría necesariamente. Desde luego, el argumento se afianzó por la concepción económica de Marx, que alegaba que el capitalismo, como sistema económico, se desmoronaría una vez que haya llevado a la sociedad a un nivel elevado de industrialización.

Siguiendo esta lógica, Marx creyó que la sociedad más desarrollada debería tener el más avanzado sistema de clases y relaciones políticas. Tal y como él lo expuso, en *El Capital*, «el país que está más desarrollado industrialmente sólo muestra —a los menos desarrollados— la imagen de su propio futuro...». Esto significaba que el socialismo como un movimiento y, finalmente, como un sistema social, surgiría con mayor fuerza y triunfaría primero en el país capitalista más desarrollado, que, desde finales del siglo XIX en adelante, era Estados Unidos.

Muchos marxistas, por tanto, repetidamente miraban hacia América como el país que mostraría a otros el camino del socialismo, a pesar de la evidente debilidad de los partidos socialistas en Estados Unidos. Como Howard Quint señala:

«Descubrieron que de todos los países en el mundo, Estados Unidos era el más maduro para el socialismo, no sólo a la luz de la ley marxista referente al desarrollo económico, sino también por la opinión expresa de Friedrich Engels.»

Karl Kautsky, considerado el principal teórico marxista en el Partido Social Demócrata Alemán, anunció en 1902:

«América nos muestra nuestro futuro, en cuanto a que un país puede revelarlo todo a otro.»

El elaboró este punto de vista en 1910, anticipando «la agudización del conflicto de clases más firmemente» allí que en

cualquier otra parte. El marxista británico H. M. Hyndman señaló en 1904 que:

«Así como Norteamérica es hoy día el país más avanzado, económica y socialmente, también será el primero en el que el socialismo encontrará expresión abierta y legal.»

Werner Sombart puso de relieve este punto en su libro *¿Por qué no hay socialismo en Estados Unidos?* (1906).

«Si ... el socialismo moderno siguiese como una reacción necesaria contra el capitalismo, el país capitalista con desarrollo más avanzado, es decir, Estados Unidos, sería al mismo tiempo el que proporcionara el ejemplo clásico del socialismo y su clase trabajadora sería la que apoyaría los movimientos socialistas más radicales.»

Máximo Gorki (que apoyó a los bolcheviques rusos desde 1903 en adelante) escribió en 1906 sobre su convicción de que el «socialismo se realizaría en Estados Unidos antes que en cualquier otro país del mundo». August Bebel, el líder de los socialdemócratas alemanes (en una entrevista con el periódico socialista americano *Appeal to Reason*), manifestó inequívocamente en 1907: «Ustedes los americanos serán los primeros en introducirse en una república socialista.» Su creencia —en un momento que su partido era ya un movimiento de masas con muchos miembros en el *Reichstag*, pero el Partido Socialista Americano obtuvo menos del 2 por 100 de los votos—, se basaba en el hecho de que Estados Unidos estaba «muy por delante de Alemania en desarrollo industrial». Reiteró esta opinión en una segunda entrevista en 1912, cuando la discrepancia entre la fuerza de los dos movimientos era aún mayor, diciendo que América sería «la primera nación que declarase una 'Coni-monwealth cooperativa'». El socialista francés Paul Lefargue, que era el yerno de Marx, parafraseó a éste en su libro sobre América afirmando que «el país industrialmente más avanzado muestra a aquellos que le siguen en la escala industrial la imagen de su propio futuro».

Los marxistas americanos, si bien más conocedores de los problemas que afrontaba su movimiento que sus camaradas europeos, reconocieron que las suposiciones del materialismo histórico requerían que Estados Unidos estuviese al mando. Por tanto, en el Congreso de la Internacional Socialista en Ámsterdam en 1904, al que asistieron representantes de los partidos europeos más fuertes, el líder del Partido Socialista del Trabajo, Daniel Le León (considerado por Lenin como el único creativo teórico marxista americano) comentó que, «tomando en consideración sólo ciertos principios cardinales, no puede negarse la conclusión de que América es el teatro en donde la cresta del capitalismo se rompería primero por la cimitarra del socialismo...». Poco después, Le León proclamó en la Convención de Trabajadores Industriales del Mundo (IWW): «Si mi lectura de la historia es correcta, la profecía de Marx se cumplirá y América anunciará la caída del capitalismo en todo el mundo.»

El deseo de ver confirmadas sus anticipaciones teóricas llevó a los marxistas a sacar conclusiones entusiásticas, pero inevitablemente exageradas, de que los trabajadores americanos finalmente despertaban, y que un movimiento de masas socialista estaba en marcha. Sin embargo, estas expectativas se malograron. Max Beer, cuyos cincuenta años de carrera en el socialismo internacional incluía la participación en los partidos austriacos, alemanes y británicos, describió la ansiedad y la perturbación creada por la debilidad del socialismo en América antes de la primera guerra mundial:

«La postura del obrero americano parecía mantenerse firme como una contradicción viva de la teoría marxista de que la concentración de la producción capitalista y concomitante proletarización de las masas, estaba necesariamente ligada a las luchas de clases y a la formación de un movimiento laborista independiente, con propósitos y fines socialistas... ¿Era defectuosa la generalización u operaban fuerzas que lo neutralizaban?»

El problema tratado por Beer está vi-

gente todavía, si bien desde 1917 y la Revolución rusa se ha hablado poco acerca de las implicaciones para la teoría marxista de la debilidad del socialismo en Estados Unidos. En efecto, los marxistas de nuestros días simplemente han optado por ignorar las claras implicaciones del materialismo histórico. Una excepción fue León Trotsky, quien explícitamente afrontó el tema. Comentó la manifestación de Marx relativa a que el país más desarrollado «sólo muestra a los menos desarrollados la imagen de su propio futuro» y luego escribió: «Bajo ninguna circunstancia puede tomarse literalmente este pensamiento.» Como hemos visto, los marxistas sí lo tomaron literalmente antes de 1917.

Si consideramos la lógica implícita en un marxismo sociológicamente apolítico, y volvemos a la proposición de que el país «más avanzado» muestra a los menos desarrollados «la imagen» de su propio futuro, entonces debería desprenderse igualmente que las relaciones sociales, políticas e ideológicas que realmente han surgido en Estados Unidos, deberían mostrar a otros países cómo se desarrollarán ellos. La política americana, lejos de ser «retrógrada» y «retrasada», comparada con la política europea, debe ser considerada como la más avanzada. Otros países deberán comenzar a parecerse a Estados Unidos a medida que se convierten en industrializados y opulentos, en lugar de que América adopte las formas de los países menos industrializados y pobres.

Este no es el momento para hacer un análisis de «por qué no hay socialismo en Estados Unidos». Sin embargo, vale la pena anotar que la evidencia y los argumentos presentados por un gran número de estudiosos sugieren que la política de clases socialista, tal y como se ha desarrollado en Europa, era menos una consecuencia de las relaciones sociales capitalistas que de la sociedad preindustrial, feudal, que explícitamente estructuraba las relaciones de acuerdo con las clases sociales fijas, casi hereditarias. De ahí que la incipiente clase trabajadora reaccionara contra el mundo político en aquellos términos. Walter Dean Burnham ha resumido brevemente esta tesis general:

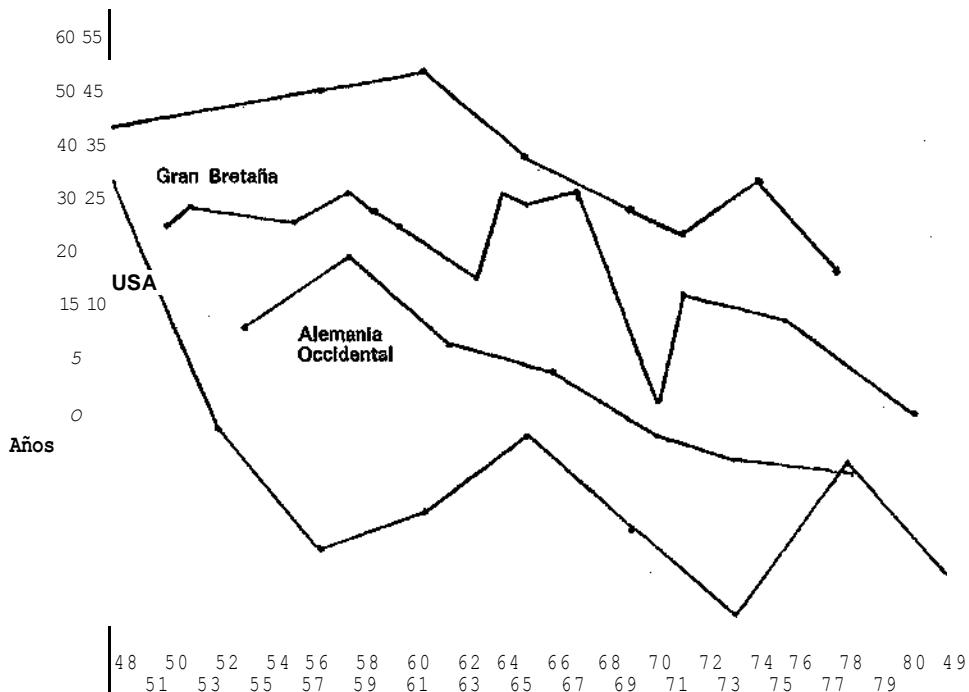
«Sin feudalismo, no hay socialismo: con estas cuatro palabras uno puede resumir las realidades socioculturales básicas detrás de la política electoral americana en la era industrial.»

Las grandes conmociones sociales de la temprana y rápida industrialización de las sociedades que dieron por buenas las clases trajeron consigo la acción política de la clase trabajadora. Y como Lenin, Kautsky y otros han comentado, muchos de los partidos de la clase trabajadora europea surgieron en la lucha por la democracia, un factor ausente en el caso americano, donde los trabajadores se beneficiaban del «regalo gratuito» del voto. A medida que las naciones industrializadas prosperaban económicamente, especialmente después de la segunda guerra mundial, los rígidos esquemas preindustriales de clases sociales se desmoronaron gradualmente en la mayor parte de Europa. Este desarrollo debilitó la correlación entre posición de clases y lealtad al partido. Los partidos socialistas se alejaron del marxismo para convertirse más en una especie de «abarca todo», con el fin de apelar más allá del sistema de clases, especialmente a la nueva y naciente clase media. Este fenómeno ha sido documentado para muchos partidos europeos socialistas y socialdemócratas.

Es posible argumentar que las "Suposiciones de un marxismo sociológicamente apolítico hayan sido confirmadas. Las formas más explícitas de concienciación de las clases que existen en Europa han ido declinando, y las clases son menos importantes de lo que en otra ocasión fueran como origen de lucha política en una sociedad industrialmente avanzada. El gráfico muestra la tendencia de la votación de las clases en Suecia, Alemania, Gran Bretaña y Estados Unidos desde el año 1962 al año 1980. Por tanto, cuanto más elevado sea el número, mayor será la co-relación entre las clases y preferencias de partido. Como indica el gráfico, se ha experimentado un perceptible declive en la votación clasista en un número significativo de países industrialmente avanzados.

A mediados del año 1960, el marxista americano Herbert Marcuse apuntó que la etapa histórica indicaba que el capitalis-

ÍNDICE ALFORD DE VOTO DE ACUERDO CON LA CLASE SOCIAL



Tendencia en la votación de las clases en cuatro democracias occidentales, 1948-1980

mo desarrollado había eliminado la mínima posibilidad de una protesta radical de las clases trabajadoras.

«... En el mundo capitalista existen aún clases básicas (capitalistas y trabajadores)..., pero un interés abrumador por la conservación del *statu quo* industrial une a los antiguos antagonistas en las áreas más avanzadas de la sociedad contemporánea.»

Los marxistas franceses Lucien Goldman y Henri Lefévre criticaron a Marcuse argumentando que su interpretación «no era correcta, puesto que no es de aplicación a países europeos; pero es posible que su análisis pueda ser cierto en el caso de América...». Marcuse replicó con la clásica postura histórica y materialista marxista: «Puesto que los Estados Unidos están económicamente más avanzados que

los países europeos, no pasará mucho tiempo antes de que el fenómeno ... se extienda a Europa Occidental.»

Desde luego, uno podría apuntar el hecho de que los partidos que se autodenominan marxistas tienen poder en muchos países, y aún existen partidos de masas «marxistas» (comunistas) en algunos países occidentales industrializados. Pero como sabemos, las revoluciones comunistas han tenido éxito en las sociedades agrarias preindustriales, en la Rusia zarista, en China, en Vietnam. Los grandes partidos comunistas en Europa se arraigaron principalmente en las naciones de la Europa Occidental y Meridional, económicamente retrasadas, especialmente Francia e Italia. El marxismo evidentemente falló o ha declinado mucho en las naciones más industrializadas del Norte de Europa.

No se ha jugado una broma más cruel en la historia, y ninguna teoría ha errado

más que el marxismo, ya que se convirtió en el estandarte de los movimientos en las sociedades predominantemente rurales. Como Marcuse señaló en *An Essay on Liberation* (1969), la revolución no está en la agenda de los Estados occidentales industrialmente más avanzados, mientras que el «factor subjetivo» (el apoyo y participación de las clases que son la base de la producción) necesario sólo coincide en las «áreas grandes del Tercer Mundo». La premisa fundamental de Marx ha sido totalmente refutada por la historia; regímenes identificados como socialistas o comunistas han llegado al poder a hombros de los campesinos de las economías pobres, subdesarrolladas. Han tenido lugar «revoluciones socialistas», pero no han sido revoluciones de Marx.

Debería anotarse, desde luego, que Marx (y muchos otros) tenían razón al asumir que la ocupación sería un determinante de la orientación política y organización de clases en la sociedad industrial. En todas las naciones democráticas, incluyendo Estados Unidos, ha habido una correlación entre el *status socioeconómico*, creencias políticas y votación. Los menos privilegiados han sostenido partidos que han pugnado por una mayor igualdad y protección, a través de la intervención gubernamental frente a los esfuerzos de la economía de libre mercado. Los sindicatos han ganado poder en todas las naciones industrializadas. El Estado se ha hecho más poderoso y ha empleado su poder en redistribuir la riqueza y la renta.

Pero tal política no es la política de Marx. La presencia de partidos y sindicatos representando a los menos privilegiados en la política democrática ha servido para estabilizar a estas sociedades, realmente ha ayudado a ganarse la lealtad del proletariado hacia su sistema nacional. Parafraseando a Disraeli, los trabajadores han sido «ángeles de mármol», han sido los presuntos sostenedores más bien que «enterradores» del capitalismo.

SOCIEDAD POSINDUSTRIAL

Los cambios en las clases y relaciones políticas de las sociedades desarrolladas

pueden analizarse dentro del marco de un marxismo apolítico; es decir, la suposición de que el nivel de tecnología determinará sus formas. Algunos analistas contemporáneos han sugerido que estos sistemas están pasando a una nueva etapa, que por falta de un calificativo mejor, la denominan «posindustrial».

Estas sociedades son posindustriales debido a las tendencias analizadas por Marx, incrementando la implicación de la fuerza laboral en el aparato de la productividad industrial; el crecimiento de fábricas, grandes granjas, etc., ha concluido. Las ocupaciones del sector terciario están aumentando más rápidamente que los puestos productivos. La proporción (y en algunos países, el número absoluto) de trabajadores manuales está declinando. Los puestos en auge son los administrativos, técnicos, profesionales, científicos y los orientados a servicios. La estructura de clases se asemeja ahora a un diamante sobresaliendo en medio, más que a una pirámide. Se precisan niveles de educación elevados para tales economías y el número de estudiantes ha aumentado considerablemente. Las actividades de educación, ciencias e intelectuales se han hecho más importantes.

Los escritores occidentales (Daniel Bell, Zbigniew Brezezinski, John Kenneth Galbraith y Alain Touraine), así como los académicos del Este (Radovan Richta y sus colegas en la Academia de Ciencias Checoslovaca, y analistas soviéticos como P. N. Fedoseev, V. G. Afansyev y V. Ko-solapov) han señalado el alcance al que ha llegado el conocimiento teórico y científico, habiéndose convertido en la principal fuente del cambio social y económico, alterando la estructura, valores y costumbres sociales. Esta es una evolución que ha dado considerable prestigio y poder a la *élite* científica y tecnológica. Los estudiantes soviéticos y líderes políticos hablan de «la revolución científico-tecnológica», un concepto estrechamente emparentado con la sociedad posindustrial. En las palabras del sociólogo ruso P. N. Fedoseev:

«Una arrolladora transformación cualitativa de las fuerzas productivas como resultado de que la ciencia se haya

convertido en el factor principal del desarrollo de la producción social...»

Richta y sus colegas apuntaron en 1968 que:

«La ciencia emerge como la principal variable en la economía nacional... Existen signos de un nuevo tipo de crecimiento, con un nuevo y dinámico motor producido por los continuos cambios estructurales en las fuerzas productivas, siendo el porcentaje de medios de producción y potencial humano menos importantes que el cambio de calidad y grado de utilización.

Insistieron en «un relativo descenso en la cuantía del trabajo absorbido por la industria y actividades asociadas» y la perspectiva de que el sector terciario abarcara del 40 al 60 por 100 de la fuerza laboral nacional en los países industrializados, en las próximas décadas, como ya es el caso en Estados Unidos. Alain Touaine (que sigue siendo un defensor de la izquierda en Francia) sugiere que la base del poder occidental ha cambiado como resultado de estas tendencias.

«Si la propiedad era el criterio para ser un socio de la antigua clase dominante, la nueva clase dominante se define por su conocimiento y cierto nivel de educación.»

Muchos de los análisis de la sociedad posindustrial pueden parecer congruentes con (o derivados de) la orientación marxista del materialismo histórico que está basado en la premisa metodológica de que el factor de determinación principal en el desarrollo social es el cambio en la estructura tecnológica, que las «superestructuras» culturales y políticas varían con la base de nivel tecnológico. Esto no es sorprendente, puesto que un número de figuras clave en este tipo de acercamiento han sido socialistas o neomarxistas (por ejemplo, Bell, Galbraith, Touraine y Richta). Los estratos emergentes de la posindustrialización, cuyas raíces se hallan en la universalidad, los mundos científicos e intelectuales, han desarrollado sus propios

valores. Según Ronald Inglehart, estos valores «posindustriales» (clasificados como posburgueses en su fórmula original) están relacionados con las necesidades de «autoactualización» (sensitiva, intelectual, posesiva y apreciativa). Estos valores se manifiestan en un deseo por una sociedad menos impersonal, más abierta, más culta, una vida más personal y libre, y la democratización del trabajo político y la vida comunitaria. Tales preocupaciones se enfrentan con aquellas que dominan entre las clases tradicionales de la sociedad industrial, que han estado más preocupadas en satisfacer las necesidades materiales., es decir, el sustento y la seguridad. Para gentes con estos objetivos, las preocupaciones más prominentes son un elevado *standard* de vida, una economía estable, crecimiento económico, una vida familiar duradera, combatir el crimen, mantener el orden.

Otro estudioso de los cambios en los valores, Scott Flannagan, ha reconceptualizado y ampliado las distinciones. Sugiere que la tecnología avanzada ha conducido a un cambio desde la conciencia tradicional a la conciencia libertaria, cambiando a lo largo de cuatro dimensiones: frugalidad frente a autoindulgencia, pietismo frente a secularismo., conformidad frente a independencia y devoción a la autoridad frente a la «autoagresividad». Se ha observado que estos cambios de valores están relacionados con el clima general de afluencia y ausencia de guerras importantes. Las generaciones que alcanzaron la mayoría de edad durante la segunda posguerra mundial mantienen diferentes valores que sus antiguas cohortes, que sufrieron por la escasez económica y experimentaron depresiones económicas severas y conflictos internacionales.

Aun cuando existe un efecto general, es obvio que los valores posburgueses son mucho más corrientes entre los individuos mejor educados y más ricos.

Estas teorías son importantes, a pesar de que algunas de sus suposiciones acerca del declive de las preocupaciones materialistas pueden ponerse en tela de juicio. Alan Marsch, en un análisis obtenido de datos británicos, señala que los «posmaterialistas» no son personalmente

antimaterialistas. Sus investigaciones no muestran diferencias entre los materialistas y los posburgueses sobre las preocupaciones acerca de «no tener dinero suficiente» o deudas financieras o necesidad de tener un ingreso adicional. Lo que diferencia a los dos grupos es simplemente sus ideologías políticas, no su actitud hacia el materialismo.

Los grupos «posburgueses» (observa Marsch) se distinguen de los adquisitivos por su relativa juventud, riqueza, educación y por su preocupación por las ideologías.

LA POLÍTICA DE LA POSINDUSTRIALIZACIÓN

Prescindiendo del término que se le pueda dar a este cambio en la orientación, es obvio que ha afectado profundamente al campo político.

«Las implicaciones políticas de esta hipótesis son significativas. Primero, implican que la ascendiente prosperidad no conseguirá acabar con los conflictos políticos, como la tesis «fin de ideología» parecía prometer, aun cuando dicha tesis era parcialmente correcta respecto a que la prosperidad creciente aparentemente sí traía consigo un declive de las formas tradicionales del conflicto social de clases. Lo que esta tesis no anticipó, sin embargo, era que los nuevos campos para los conflictos probablemente surgirían como nuevas metas en primer plano» (Inglehart).

La división política básica de la sociedad industrial era materialista, una lucha por la distribución de la riqueza y la renta que existe hombro a hombro con los continuos conflictos religiosos, étnicos y regionales, supervivientes del mundo pre-industrial. Pero la política posindustrial está crecientemente preocupada con los temas no económicos o sociales: un medio ambiente limpio, una mejor cultura, igualdad de *status* para la mujer y las minorías, calidad de la educación, relaciones internacionales, mayor democratización y más moralidad permisiva particularmente en lo que afecte a temas familiares y sexuales.

Estas preocupaciones han producido nuevas bases de resquebradura política

que varían de las de la sociedad industrial y han dado lugar a una variedad de movimientos de protesta de carácter «individual». Puesto que los partidos políticos existentes han encontrado difícil ligar posiciones respecto a nuevos temas relacionados con sus tradicionales bases de apoyo socioeconómico, las lealtades de partido e incluso el promedio de participación de votantes, ha disminuido en muchos países. En efecto, entre cursadas presiones que derivan de los compromisos diferenciales respecto a los valores económicos y sociales, han reducido el grado de lealtad hacia los partidos que antiguamente estaba ampliamente ligada a las fuentes estructurales de separación de la sociedad industrial.

Los elementos de reforma preocupados principalmente con los temas «posmaterialistas» o «sociales» obtienen su fuerza no de los trabajadores y los menos privilegiados —la base social de la izquierda en la sociedad industrial—, sino de los segmentos afluientes de los bien educados: estudiantes, académicos, periodistas, profesionales y funcionarios públicos. La «nueva izquierda», la «nueva política», los «partidos verdes», todos reciben apoyo de este estrato. Por otro lado, la mayoría de los trabajadores permanecen preocupados con las preguntas materiales. Menos educados, menos cosmopolitas, menos afluientes, menos seguros, ellos también son más tradicionales y perceptiblemente más conservadores en sus puntos de vista sociales.

Por tanto, ahora existen dos izquierdas, la «materialista» y la «posindustrial», que están arraigadas en distintas clases. Un conflicto de intereses ha surgido entre ellas con respecto a las consecuencias de la política que afecta al crecimiento económico. La izquierda materialista quiere «un pastel abundante» con el fin de que los menos privilegiados puedan tener más, mientras que los posmaterialistas están más interesados en «la calidad de la vida». Willard Johnson, un científico político negro, arguye que la izquierda «posmaterialista»

«es culpable de debatir los temas en términos de valores que, a pesar de

todo su carácter humano, ignora las preocupaciones del pobre... Sin duda sus preocupaciones se basan en una consideración genuina por la calidad de la vida, pero a mí me parece que están equivocados respecto a la aportación que las cosas materiales puedan darles.»

O, como el fallecido Anthony Crosland (miembro del gabinete en varios gobiernos laboristas británicos) sostiene, aquellos que buscan limitar el crecimiento para proteger el medio ambiente son

«gentes amables y devotas. Pero son ricas, y fundamentalmente, aunque no conscientes, quieren desentenderse del cambio social».

Ambas izquierdas frecuentemente militan en el mismo partido (democrático, social democrático, incluso comunista, como en Italia), pero tienen distintos puntos de vista e intereses. Un comentarista ve un paralelismo entre estas dos izquierdas y el conflicto entre Marx y los socialistas utópicos, es decir, ambos favorecen la igualdad pero se discuten el papel de desarrollo económico y forma de conseguirlo. Los intelectuales de la «nueva política» no quieren los sindicatos, que al igual que los negocios, consideran «materialistas» en lugar de «interesados por el pueblo». Algunos trabajadores se pasaron a la derecha como resultado de esto, se pasaron a grupos más conservadores que abogan por el crecimiento y una sociedad móvil y competitiva, reteniendo, por otro lado, las creencias en los valores sociales tradicionales. La izquierda, sin embargo, obtiene apoyo de los rangos crecientes de la intelectualidad. Se ha reducido la correlación entre clases y votación de partido.

En línea con la clásica lógica del materialismo histórico, Estados Unidos, como la «nación más desarrollada», debería ser la primera en fomentar la política característica de la posindustrialización. La realidad parecería sostener esta suposición. Como Jean-François Revel señaló en 1971:

«Una de las características más sorprendentes de la pasada década es que

las únicas y nuevas agitaciones revolucionarias en el mundo han tenido su origen en Estados Unidos. Me refiero al complejo del nuevo fenómeno de oposición designado por el término 'disensión'.»

Una intelectualidad crítica, basada en la nueva clase media, surgió a principios de los años cincuenta con la formación del movimiento de «reforma» dentro del Partido Democrático, y constituyó el comienzo de lo que posteriormente se denominó «nueva política». Como manifiesta Jeane Kirkpatrick, «la aparición de un número significativo de votantes procedentes de escuelas superiores, socialmente móviles, orientados en el tema, en clubs reformistas urbanos y suburbanos, fue descubierto por los observadores políticos en Nueva York, California, Wisconsin, Missouri y otras partes».

Los años sesenta fueron testimonio del complejo florecimiento de la «nueva política» en forma de oposición a la guerra del Vietnam, luchas por los derechos civiles, liberación de la mujer y liberación gay, ecologismo, así como el surgimiento de nuevos estilos de vida:

«La implicación de símbolos culturales básicos en el campo político se han convertido en un distintivo regular de nuestra política. A medida que la cultura de vanguardia influyó a través del aumento de matriculaciones en las escuelas superiores, medios electrónicos, revistas de circulación masiva, actitudes antiburguesas..., se crearon las bases del anti-establecimiento de la política de los años sesenta... Es ahora evidente que el asalto a la cultura tradicional fue montado por representantes jóvenes y no tan jóvenes de las clases relativamente privilegiadas, mientras que las instituciones básicas de la sociedad fueron defendidas por ciudadanos menos prósperos, menos educados y de *status* más bajo.»

El conflicto entre la «nueva política» izquierdista y la izquierda tradicional de la clase trabajadora ha ocurrido siempre dentro del Partido Democrático. Sus de-

rrotas en las elecciones presidenciales de 1968, 1972 y 1980 pueden atribuirse en parte a la división entre la izquierda antigua y la izquierda nueva.

Como se observa en el gráfico, la votación basada en la clase social en Estados Unidos descendió en 1952 y 1956, ascendió en 1960 y 1964, descendió casi a un nivel despreciable en 1968 y 1972, se elevó en 1976 y descendió una vez más en 1980. Desde 1952, los demócratas han ganado todas las elecciones en las que la votación clasista se incrementó, mientras que las victorias republicanas están asociadas con los declives en la correlación. En 1952 y 1956, el candidato democrático a presidente, derrotado, fue Adlai Stevenson, quien frecuentemente ha sido llamado el iniciador del fenómeno de la «nueva política» en América. El trató conscientemente de evitar temas sobre el *New Deal*, ligados a los conflictos económicos y de clases, e hizo hincapié respecto a las preocupaciones culturales y sociales.

La votación clasista tuvo algún movimiento en 1960, reflejando ampliamente el interés especial de John F. Kennedy por los votantes de etnia católica menos privilegiados. Incrementó dramáticamente en 1964, cuando el senador Barry Goldwater, el candidato republicano, propugnó el rechazo de la política del bienestar social y a favor de los sindicatos, mientras que Lyndon Johnson hacía hincapié en las medidas de reforma del *New Deal*. En 1968, Hubert Humphrey, un partidario del *New Deal*, era el candidato democrático para la presidencia; pero perdió votos de la izquierda y de la derecha debido a la importancia de los temas no económicos. Muchos votantes de «cuello azul» (trabajadores) apoyaron a George Wallace, reaccionando contra la postura de Humphrey sobre los derechos civiles, mientras que la «nueva política» de izquierda, cuyos partidarios habían votado por Eugene McCarthy o Bobby Kennedy en las primarias, rehusaron respaldar a Humphrey debido a su falta de compromiso para terminar con la guerra del Vietnam y sus vínculos con la política antigua.

Estos factores continuaron afectando el comportamiento electoral en la siguiente década. En 1972, la «nueva política» de izquierda ganó la nominación del Partido

Democrático para su candidato George McGovern, pero éste fue derrotado ampliamente en las elecciones generales. McGovern era el primer candidato presidencial democrático desde los años veinte que no recibió el apoyo del movimiento laborista (AFL-CIO), puesto que muchos de los votantes de «cuello azul» (obreros) abandonaron a los demócratas para votar a Richard Nixon, que estaba haciendo campaña sobre los valores tradicionales y la ley y el orden. La división entre las dos izquierdas en el Partido Demócrata puede verse en la frase lanzada por el ala derecha del Partido Humphrey basada en comercio-sindicato, describiendo a McGovern como el candidato de «Amnistía (para los desertores del Vietnam), aborto y drogas». Sin embargo, cuatro años más tarde, los demócratas consiguieron ganar una vez más la Casa Blanca, cuando ambos partidos mayoritarios nominaron candidatos que fueron identificados como conservadores sociales. Así, muchos trabajadores que antes habían votado a Nixon (o Wallace) volvieron a las filas democráticas para apoyar a Carter.

La nominación demócrata en 1980 fue, en parte, una lucha entre Jimmy Carter, considerado como conservador, y un oponente de la «nueva política», Edward Kennedy, quien también buscaba llamar la atención de los trabajadores y las minorías sobre los temas económicos. Las encuestas, sin embargo, reflejaron una fuerte relación entre el *status socioeconómico* y preferencia de candidato, con los menos privilegiados y votantes mayores apoyando al candidato sureño y los más ricos, mejor educados y más jóvenes respaldando a su oponente norteño.

Los elementos «posmaterialistas» pusieron reparos a ambos candidatos de los partidos mayoritarios, Reagan y Carter. Durante la mayor parte de la campaña de 1980 apoyaron al candidato alternativo independiente, John Anderson, cuya campaña hacía hincapié en un ilustrado liberalismo social. En un anuncio a toda página en el *New York Times* del 27 de junio de 1980, los organizadores de la campaña de Anderson solicitaban apoyo para el plan de su candidato en relación con cinco temas: protección del medio

ambiente, derechos civiles, enmienda de la igualdad de derechos, fondos federales para el aborto y para los pobres y reducción de los excesivos reglamentos gubernamentales.

Las encuestas reflejaban que el poder de Anderson (alrededor del 22 por 100 en su apogeo en julio de 1980, pero bajando al 7 por 100 en las elecciones de noviembre) dependía principalmente de gentes comparativamente acomodadas, graduados de escuelas superiores, profesionales, judíos y autoidentificados como liberales. Su declaración de una «plataforma» de trescientas páginas hecha en agosto fue relativamente conservadora respecto a los temas económicos y muy liberal en relación con los temas sociales y política internacional. Datos del estudio realizado indicaban también que los seguidores de Anderson eran mucho más liberales socialmente que los partidarios de Cárter. Por otro lado, los sindicatos eran fuertemente opuestos a Anderson y respaldaron a Cárter, el candidato demócrata, cuyo poder venía desproporcionadamente del sector de la población mayor, menos educada, más pobre, y de la clase trabajadora.

En las elecciones mismas, el factor de clase social fue una vez más menos importante a medida que el apoyo a Anderson descendió rápidamente, siguiendo una norma típica de candidaturas de terceros partidos en Estados Unidos. Las diferencias en la orientación del partido hacia los temas sociales eran más importantes que en 1976. Los republicanos explícitamente rechazaron los programas sociales de la «nueva política»: la enmienda de la igualdad de derechos, financiación gubernamental para los abortos para los pobres y medidas designadas a fomentar la integración racial, tales como en los autobuses de colegio. Ronald Reagan vinculó su campaña a los esfuerzos de los grupos religiosos evangélicos muy moralizantes que se oponían a los políticos que favorecían a la nueva permisibilidad social.

A pesar de que Jimmy Cárter trató de evitar que se le identificara con la política social propugnada por la «nueva política» de ala izquierda de su partido, no podía repudiarles abiertamente y aun confió en mantener su apoyo. De ahí que

los temas sociales jugaran un papel más importante en el resultado de las elecciones de 1980 que el que tuvieron cuatro años antes.

El «nuevo estilo americano» de activismo, movimientos específicos y política cultural radical, se extendió en los años sesenta a otras partes del mundo desarrollado que estaban entrando en la era de la posindustrialización. Protestas procedentes de los *campus* se produjeron en todos los países europeos. Apreciables tendencias del ala izquierda lograron arraigo en los nuevos grupos de la clase media y desafilaron el liderazgo moderado basado en el sindicato de los Partidos Socialista y Socialdemócrata. Pero estos acontecimientos eran «imitaciones del prototipo americano, o una prolongación de los mismos y posteriores a éstos... Los disidentes europeos, quienes representan la única fuerza que ha podido levantar tanto a la izquierda como a la derecha, de Oriente al Occidente, desde su *status académico*, son los discípulos de los movimientos americanos» (Revel).

En Suecia, los socialdemócratas (que activamente demandan medidas pro-crecimiento como la mejor forma de conseguir un «mejor y más equitativo mundo») se han debilitado por el debate sobre el poder nuclear. A finales de los años setenta, mientras un número de intelectuales y de jóvenes dentro del partido eran «antinucleares», los sindicatos favorecían firmemente la construcción de más plantas nucleares. Esta división fue un seno impedimento para los esfuerzos electorales del partido, contribuyendo, por tanto, a su primera derrota en cuarenta y cuatro años. El principal vencedor en términos de victoria electoral fue el Partido del Centro, el partido anticrecimiento y antinuclear más activo. Muchos analistas atribuyeron la derrota al apoyo del poder nuclear por los socialdemócratas.

«Los votantes suecos tuvieron dificultad para encajar el tema del poder atómico en su habitual modelo de pensamiento político. Jóvenes izquierdistas consideraron que la política de poder atómico del Partido del Centro estaba a la izquierda de los socialdemócratas. El usual alineamiento izquierda-derecha entre los partidos se vino abajo con el tema del poder

atómico. El centro tomó un punto de vista izquierdista y los socialdemócratas un punto de vista más derechista...» (Zet-terberg). Este conflicto se mantiene aún.

En Francia, la diferencia entre las dos izquierdas fue en muchas formas responsable del colapso de la «Union de la Gauche» y su «Programme Commun» en los años setenta. En principio, los conflictos en relación con los temas posmaterialistas hicieron imposible la formación de una coalición entre partidos de izquierda. Los socialistas y el sindicato CFDT, que ganaron muchos partidarios entre la nueva clase media, criticaban extremadamente a los comunistas y al «Programma Común». Los puntos principales del desacuerdo giraban alrededor del papel del Estado y la nacionalización para aumentar los beneficios de la clase trabajadora. La CFDT adoptó la postura de que los comunistas eran demasiado estatistas: «El Programma Común presupone que un decisivo cambio social y político resultará simplemente como consecuencia de la nacionalización por el Estado de las principales compañías...» También discrepaban acerca del crecimiento. El «Programme Commun», según la CFDT, estaba basado en la misma lógica que el tipo de crecimiento económico propuesto por los teóricos capitalistas: el criterio exclusivo de un nivel elevado de producción y beneficios. Ahora bien, desde 1970 la CFDT se ha manifestado en favor de un «nuevo tipo de crecimiento» que es más cualitativo que cuantitativo.

Mientras que los socialistas y los comunistas mantenían una incómoda alianza hasta las elecciones de 1978, estas diferencias probaron ser fatales para la CFDT. Jean Louis Moynet (un secretario del sindicato CGT, dominado por los comunistas) explicó el fracaso electoral de los comunistas «como nacido de la intransigencia respecto al salario mínimo, nacionalizaciones o, incluso, su falta de interés por temas tales como los derechos de la mujer, ecología, amenaza nuclear y educación».

Un historiador comunista francés, Jean Ellenstein, argumentó en 1978 que su partido había perdido apoyo debido a su

fallo de hacer hincapié en los temas sociales. Observó que los presuntos partidarios

«no siempre han estado de acuerdo con el estilo 'proletario' adoptado por los comunistas en su campaña electoral... Están enormemente preocupados con los problemas cualitativos, aun cuando algunos problemas cuantitativos siguen existiendo.»

El comportamiento electoral alemán apunta a un fenómeno similar. Durante la República de Weimar y en la Alemania Occidental, en los años sesenta, las divisiones de las clases tradicionales determinaron el apoyo a los partidos de izquierda y de derecha, mientras que «los temas» que dividieron a los grupos eran principalmente la economía y la seguridad. A partir de los años sesenta, la nueva clase media, incluyendo los funcionarios públicos y personas asalariadas, desarrollaron una actitud liberal respecto a los llamados «nuevos temas sociales», mientras que la antigua clase media, los auto-patronos, permanecieron conservadores respecto a los nuevos y viejos temas de «política materialista». Los trabajadores, sin embargo, empezaron a moverse en dirección opuesta a la de la nueva clase media, es decir, de una postura izquierdista en los conflictos de la «antigua política», a una postura más conservadora en los temas sobre «nueva política». Algunos observadores anticipan que a medida que las preocupaciones y los valores «posmaterialistas» se hagan más predominantes en la política y más notorios en parte creciente del electorado alemán, la distinción tradicional proletariado/burguesía debería continuar declinando en importancia y claridad.

Cambios comparables se han producido en el Japón, que se ha movido mucho más rápido que otros países desde una sociedad posindustrial. A pesar de haber experimentado las ventajas del rápido crecimiento, muchos japoneses se han visto cada vez más preocupados por los costos sociales. En 1971,

«por siete veces, la población de Japón consideró la polución ambiental como la tarea principal de una nación, tanto

como los que consideraban un crecimiento económico adicional la tarea más importante. El número de protestas procedentes de consumidores se multiplicó veintisiete veces entre 1962 y 1970, y las protestas y peticiones relacionadas con la polución se doblaron durante un reciente período de tres años» (Tsurutani).

Los beneficios de una próspera industrialización son selectivos y relacionados con las clases, mientras que los costos de la «industrialización» tienden a ser igualitarios, católicos, indiscriminados, por tanto, contrarios a la propia naturaleza.

«En efecto, la niebla espesa producida por la petroquímica, por ejemplo, no conoce la diferencia entre niños de la clase media y niños de la clase trabajadora... Los ricos y los no demasiado ricos en Japón aman el pescado; pero el pescado, en muchos de los casos, está envenenado por los desperdicios de las plantas industriales, tan insensiblemente vertidos en todas las aguas» (Tsurutani).

Un analista de los datos obtenidos en las encuestas electorales opina que la creciente importancia de los temas cualitativos son, en parte, la causa de la débil asociación entre las clases ocupadas y el comportamiento de los votantes. Puesto que el resquebrajamiento de la economía y los valores está siendo «recortado», se ha hecho necesaria una tercera dimensión que mida la verdadera proyección de los temas importantes.

«He demostrado que aquellos votantes que están influidos por sus preferencias de valores y Clases tenderán a votar en línea con sus preferencias valorativas si ponen mayor énfasis por las prioridades no materiales y temas cualitativos y con su clase, sí conceden mayor importancia a las prioridades materialistas y temas económicos» (Flannagan).

Curiosamente, el país prototípico con relación al fracaso de la política ligada a las clases ha sido Dinamarca. Allí, «el núme-

ro relativo de trabajadores que votaron por los socialdemócratas bajó del 80 por 100 en 1957 al 39 por 100 en 1973; y los conservadores, que fueron apoyados por un 39 por 100 de los empresarios en 1957, bajaron a un 9 por 100 en 1973». El apoyo a dos partidos socialistas de nueva izquierda «no está hoy día... caracterizado por las comunicaciones estrechas con la clase trabajadora. Los votantes de estos partidos son más jóvenes, unos cuantos de ellos están aún en vías de cursar estudios para optar a puestos académicos o semiacadémicos...». Como Mogens Pedersen apunta:

«En una perspectiva comparativa se puede argumentar que este desarrollo, cuya característica básica es la descomposición del sistema del partido tradicional basado en las clases, no se diferencia del desarrollo de otros sistemas europeos, al menos con respecto al carácter y tendencia del cambio. En todas partes la clase social tiende a perder importancia.»

¿Qué es lo que estas tendencias presagian para la influencia y poder de la clase trabajadora? La respuesta, en parte, gira sobre si la «política posmaterialista» es un fenómeno a corto o largo plazo. Si la prosperidad es la variante más importante en el surgimiento de estos dos nuevos valores, entonces podemos esperar que éstos declinen si la economía se viera seriamente afectada. Sin embargo, evidencia recogida de Alemania Occidental sugiere que incluso con el declive económico en los años setenta la nueva política tiene una base firme. Se ha argumentado que el «posmaterialismo» hace demasiada ostentación de un componente estructural, y por tanto, de permanencia, y de ser considerado por la juventud solamente como una manía...; la futura política será crecientemente posmaterialista..., (esto) no implica que los valores materialistas no son relevantes, éstos continuarán siéndolo. El tema es que los valores «posmaterialistas se hacen relativamente más importantes, y aquí es donde nosotros vemos fuentes potenciales de lucha por las sociedades posindustriales. Si la política «pos-

materialista» es un fenómeno relacionado con la móvil estructura ocupacional, el apoyo de la nueva política debería aumentar, puesto que existe un creciente número de empleos fuera del sector industrial cuyos poseedores presumiblemente estarían más dispuestos a oponerse al crecimiento.

Pero tras la permanencia del poder de la «nueva izquierda», es importante observar que la clásica división política de la sociedad industrial sigue predominando al evocar el apoyo partidista. El electorado de la izquierda sigue viniendo desproporcionadamente de la clase trabajadora y de los más pobres; los partidos conservadores continúan teniendo mayor apoyo del estrato social más afluente. Los sindicatos han ganado una nueva fuente de influencia a través de la creciente implicación en los procedimientos de planificación económica en un número de sociedades industriales avanzadas. Muchos de la *élite* en estos países, normalmente ven el crecimiento económico como su razón de ser y necesitan mano de obra organizada para sostenerlo. En cualquier caso, la clase trabajadora seguirá manteniendo una ventaja socioeconómica a través de lo que se ha venido llamando su «poder para desorganizar»: en verdad, las huelgas en Gran Bretaña se denominan ahora acción industrial.

Está lejos de ser cierto, sin embargo, que las dos izquierdas se opondrán la una a la otra en las urnas. Alain Touraine cree que el estrato de la nueva clase media, que él describe como «una clase trabajadora nueva», apoyará la política radical. El los ve como indiferentes, reducidos en *status* y sujetos a «control capitalista», de forma muy parecida al proletariado. Como resultado, cooperarán con la clase trabajadora manual. Y Ronald Inglehart ha observado que aun cuando puede haber luchas fuertes entre una izquierda vieja (haciendo hincapié en los beneficios económicos para la clase trabajadora) y una izquierda más nueva (más preocupada por el cambio en la forma de vida, con logros más bien cualitativos que cuantitativos),

«ambas facciones comparten una preocupación común respecto al cambio social en el sentido de igualdad, y precisamente debido a que la meta de igualdad atrae a los distintos grupos por distintas razones, podría servir como un lazo que une a la izquierda».

A largo plazo se estima que las influencias que presionan a los elementos de la nueva clase media, para que se pasen a la izquierda en relación con los temas sociales, deberían ser mayores que las que tratan de que la clase trabajadora tradicional se pase a la derecha.

Michael Harrington, un socialista de primera línea de la izquierda americana, ha sugerido la posibilidad de una coalición entre las dos izquierdas. Confía en que se pueda encontrar un campo neutral: «ni con crecimiento canceroso ni sin crecimiento, pero... un crecimiento bien planeado a escala humana». Ciertamente, no todos los esfuerzos ambientales son juegos negativos-positivos. La preocupación por la forma de deshacerse de la polución y desperdicios tóxicos (como se evidenció en la tragedia de Love Canal en Nueva York) es un ejemplo de un tema que afecta a ambas izquierdas. En realidad, algunos líderes en cada uno de los grupos, comprendiendo que se necesitaban mutuamente para fines políticos, tratan de endosar la política de preocupación al otro. «Ecologistas para trabajo fijo» respaldaron públicamente tanto el empleo permanente como los proyectos de reforma de ley laboral y los esfuerzos para la «protección al consumidor» han unido a los sindicatos y a la «nueva política» en Estados Unidos.

Sin embargo, quedan más aspectos de unión que de división: existen diferencias fundamentales respecto a temas tales como política exterior, energía nuclear y aspectos sociales y morales, así como la profunda desconfianza de los distintos tipos de personalidades en el tanteo de ambas izquierdas. En esencia, el futuro depende del grado de flexibilidad y compromiso mostrado por la ideología de los distintos grupos, quienes persiguen una mayor igualdad como campo común.

DESIGUALDAD BAJO EL SOCIALISMO

Aun cuando la teoría marxista sobre la revolución proletaria ha sido desmentida por la evolución de la política en distintos países, un aspecto y predicción del materialismo histórico ha sido verificado en los acontecimientos y la evolución que han tenido lugar en los países que se autodenominan «socialistas» o «comunistas».

Marx supuso que el socialismo como sistema; una sociedad relativamente igualitaria, sólo podría establecerse en naciones muy desarrolladas industrialmente. Su premisa para esto era la creencia de que las desigualdades de una estratificación intensa eran el resultado de la escasez. Marx argumentó que en los sistemas que no producían o no podían producir suficiente mercancía económica para que todos puedan vivir bien, existirían desigualdad y explotación de clases, y los poseedores de puestos dominantes en tales sociedades tomarían necesariamente una desproporcionada parte de los bienes para ellos. La condición básica para la igualdad, según Marx, es la abundancia —tener suficiente mercancía con el fin de que si tiene que ser compartida, todos puedan vivir bien—. La «tarea histórica progresiva» del capitalismo no sólo era crear la clase trabajadora (que un buen día derrocaría), sino también producir la tecnología avanzada y la riqueza necesaria para el socialismo. De ahí que el socialismo sea imposible hasta que exista abundancia económica.

Marx, como sabemos, polemizó en contra de aquellos que creían que el socialismo podía ocurrir con prioridad a la abundancia. Eran «utopistas» inservibles, mientras que su tipo de socialismo estaba basado en el materialismo histórico que se encargó de relacionar los sistemas sociales con las condiciones materiales apropiadas. ¿Qué sucedería si los socialistas tratasen de crear un socialismo bajo condiciones «utopistas»? Es decir, ¿si derrocaran al capitalismo antes de que éste haya agotado su «misión histórica»? Su respuesta en *La ideología alemana* (1845-46) era bien clara. Para construir el socialismo es necesario tener

«un gran incremento en el poder productivo, un elevado grado de desarrollo... Este desarrollo de fuerzas productivas es absolutamente necesario como premisa práctica: por la razón de que sin esta productividad sólo la demanda se hace general, y sin demanda, la lucha por las necesidades y todo su sucio negocio (la palabra alemana era *Scheisse*) necesariamente se reproduciría.»

Trotsky habló de este pasaje en *La revolución traicionada* (1937) en su desesperado esfuerzo de explicar el porqué ocurrió el stalinismo y por qué resultó un sistema de intensa desigualdad.

En otras palabras: los esfuerzos por crear una sociedad igualitaria bajo condiciones de escasez económica han de fallar; darán por resultado un nuevo sistema de explotación de la clase dominante. Como Rosa Luxemburgo (en *La Revolución rusa*) describió, la contradicción.

«Los conceptos elementales de la política socialista y una visión interna de sus históricos y necesarios prerequisitos nos forzará a comprender que bajo tales condiciones fatales, incluso el más gigantesco idealismo y la energía más probada, serían incapaces de realizar una democracia y socialismo, sino sólo falsos intentos de ambos.»

Esto, desde luego, es lo que ha ocurrido en países menos o más subdesarrollados que se han convertido en «revolucionarios» o «comunistas». No pueden ser Estados de los trabajadores, puesto que son sociedades manejadas por nuevas clases. Tan sólo existe la aparición de una «nueva clase».

Karl Wittfogel, en su famoso trabajo sobre *Despotismo oriental* (1957), llevó su análisis un paso más adelante, extrayendo otra categoría de los escritos de Marx, los conceptos de la «sociedad asiática» y «despotismo oriental». Wittfogel apunta que Marx describió un sistema social que había existido en ciertos estados asiáticos, en donde grandes trabajos de regadío eran la principal base para la agricultura. En estas sociedades, el Estado, más bien que «propiedad privada»,

era la llave principal del dominio de clase. El Estado se hacía fuerte y mantenía el control porque solamente un Estado fuerte podía establecer y distribuir el agua. La clase gobernante era el grupo que controlaba el Estado. Tales sistemas estaban muy centralizados, eran despóticos y rigurosamente estratificados. Empleando las categorías marxistas, Wittfogel argumentó que las sociedades comunistas debían ser vistas como formas de despotismo oriental; sus características, clases y relaciones políticas, se asemejan a aquellas descritas por Marx como inherentes a los «sistemas asiáticos».

Wittfogel sugiere que Lenin (quien conocía sus textos marxistas) estaba conscientemente preocupado respecto a que la Unión Soviética estaba convirtiéndose en tal despotismo oriental y de que él sólo había ayudado a crear un nuevo régimen de explotación.

En un discurso el 20 de abril de 1921, durante el X Congreso del Partido, Lenin dijo: «El socialismo es mejor que el capitalismo, pero el capitalismo es mejor que el medievalismo, escasa producción y una burocracia relacionada con el carácter disperso de los pequeños productores.» Siguió diciendo que las raíces de la burocracia en la Unión Soviética eran «el carácter fragmentado y disperso del productor pequeño, su pobreza, la falta de cultura...». Para entender las implicaciones de Lenin, Wittfogel apunta que «los iniciados recordarán el punto de vista de Marx y Engels respecto a que las comunidades autosuficientes dispersas y aisladas forman la sólida y natural base del despotismo oriental». Y Wittfogel concluye:

«En el lenguaje esópico él estaba obviamente expresando su temor de que una restauración asiática estaba teniendo lugar, y que un nuevo tipo de despotismo oriental estaba fraguándose.»

En el mismo Congreso del Partido en 1921, Lenin, preocupado como estaba por el potencial de la nueva burocracia para explotar al pueblo ruso, propugnó sindicatos independientes, que tendrían el derecho a la huelga para proteger a los trabajadores frente a la burocracia que

dominaba a la industria y al Estado. En el pasaje que los recopiladores de la última edición oficial de Moscú, sobre sus discursos en el Congreso del Partido, han visto oportuno omitir, Lenin declaró:

«Nuestro gobierno es un gobierno de los trabajadores con un rasgo característico burocrático. Nuestro actual gobierno es un gobierno contra el cual el proletariado, organizado como está hasta el último hombre, ha de protegerse. Y nosotros hemos de emplear a las organizaciones de trabajadores para protección de los trabajadores frente a su gobierno.»

Desde luego, Lenin no puede ser eximido de responsabilidad por la creación del Estado opresivo soviético. Fue advertido por Trotsky en 1903 de que su altamente centralizada estructura de partido conduciría a una dictadura «pseudojacobi-na sobre las masas», que ello terminaría con el uso de la «guillotina» para eliminar a los disidentes. Trotsky profetizó que la toma del poder por los leninistas daría por resultado una situación en la que «la organización del Partido asumiría el puesto de la organización; y el dictador tomaría el puesto del Comité Central...». El líder de la abortada revolución comunista alemana, Rosa Luxemburgo, anticipó en 1918 que la desmembración de la oposición derechista en la Unión Soviética daría por resultado una sociedad totalmente represiva, «en la que solamente la burocracia permanecería como elemento activo... Sin una prensa libre, sin trabas, sin limitación de los derechos de asociación y asamblea, el gobierno sobre las amplias masas del pueblo es inconcebible» (*La Revolución rusa*).

Trotsky y Rosa Luxemburgo, al tomar estas posturas, estaban más cerca que Lenin de la clásica orientación marxista, puesto que Engels había escrito explícitamente:

«si algo ha sido establecido, de seguro que es esto, que nuestro partido y la clase trabajadora pueden conseguir gobernar solamente bajo la forma de una república democrática. Esta es incluso el modo específico para la dictadura del proletariado...».

Así, vemos que la teoría del materialismo histórico de Marx dependía de los sistemas industriales avanzados para generar las condiciones bajo las cuales la clase trabajadora llegaría al poder para que una sociedad igualitaria pudiese florecer. Pero el capitalismo, lejos de «frenar» o «encadenar» a las fuerzas de producción, condujo a una sociedad industrial productiva y altamente eficaz. Los trabajadores en los países industrializados no se han vuelto hacia el socialismo revolucionario, sino más bien hacia el socialismo reformista y la acción de los sindicatos para mejorar sus vidas. Los «marxistas», por otro lado, han conseguido poder en las sociedades preindustrializadas y pobres y, como Marx anticipó, han revivido «los antiguos negocios sucios», con independencia de que uno llame o no «despótica oriental» a esas naciones.

LA NUEVA CLASE EN LA SOCIEDAD SOCIALISTA

Los países comunistas están experimentando también los cambios derivados de la desigualdad y el rápido crecimiento de las profesiones científicas y tecnológicas. Como ya se ha demostrado en un número de países de la Europa Oriental, así como en la Unión Soviética misma, existe considerable descontento y protestas entre el estrato social bien educado. Los trabajadores se han comprometido en huelgas y movimientos de protesta, algunas veces aliados con segmentos de la intelectualidad y la población estudiantil. La mayoría están en la etapa de «la industrialización», por lo que sus trabajos experimentan experiencias comparables a aquellas de Occidente hace algún tiempo; pero carecen de la protección de los partidos laborales y sindicatos. Como un número de intelectuales socialistas han reconocido, ellos necesitan la erección de organizaciones de defensa de clase para protegerles contra la burocracia de la izquierda o «la nueva clase gobernante».

A finales del siglo, un revolucionario polaco y antiguo marxista, Jan Machajski, llevó a cabo lo que se llamó «una interpretación marxista del marxismo». Argumentó que el triunfo de los socialistas

sólo traería consigo una sociedad controlada por las clases educadas, quienes explotarían al estrato no privilegiado. Los conceptos de «democracia participante», control de la maquinaria de la sociedad industrial compleja «por las masas», eran utópicos y sólo servirían como una ideología para encubrir el hecho de que el socialismo se vería severamente estratificado con respecto a poder y al privilegio.

Algunos años más tarde, el sociólogo alemán Robert Michels, a pesar de ser aún un miembro del Partido Social Democrático, publicó su trabajo clásico *Partidos políticos* (1911), detallando los determinantes estructurales de la «oligarquía» en todos los partidos políticos y tipos de sociedades. Concluyó diciendo que una revolución socialista daría necesariamente por resultado «una dictadura en manos de aquellos líderes que hayan sido suficientemente astutos y suficientemente poderosos para captar el centro del poder en nombre del socialismo... Los socialistas podrían conquistar, pero no el socialismo, que perecería en el momento del triunfo de sus secuaces».

Más recientemente, mientras se discutían los objetivos reales de los protestistas del «posmaterialismo», frente a la sociedad contemporánea, los observadores revivieron la visión de Machajski respecto a los *slogans* populistas de la *élite* radical; eran, esencialmente, sólo expresiones de su temor de que ellos, en lugar de los grupos dominantes más viejos, deberían estar en el poder. El radicalismo «posmaterialista» es visto como una respuesta a la frustración de poder experimentada por muchas de las clases medias europeas, quienes están excluidas del ejercicio de tal poder y de los puestos elevados de rango social... Al hablar contra los intereses de su clase, también adquieren una reputación por su altruismo. Pero congruente con la crítica de Machajski, respecto a los objetivos de los mandarines radicales del Imperio zarista, lo que ellos en realidad están buscando es poder y *status* para ellos.

Estos análisis igualan la interpretación que los marxistas y otros han dado al papel de las ideologías democráticas e igualitarias de las revoluciones americana y

francesa al «legitimar el dominio la clase burguesa».

Dada la imposibilidad de abolir las causas estructurales de dominación de clase, Machajski argumentó que la única postura honesta para cualquiera que esté interesado en mejorar la posición de las masas es ayudarles a resistir al poder, a través de las organizaciones independientes del Estado y de su clase dominante social o política. Michels también apuntó la necesidad de ayudar a «las masas, con el fin de que puedan, dentro de los límites posibles, contrarrestar las tendencias oligárquicas...». Solicita ayuda de los movimientos opositores «como contribuyentes al debilitamiento de las tendencias oligárquicas», siempre que los grupos no tomasen el poder.

«La democracia es un tesoro que nadie podrá descubrir buscándola deliberadamente. Pero continuando nuestra búsqueda, trabajando indescansablemente para descubrir lo indescubrible, realizaremos un trabajo que tendrá unos resultados fértils en un sentido democrático.»

Unos cuantos posmaterialistas contemporáneos han tomado implícitamente una postura similar a la propugnada por Machajski y Michels. Organizaciones tales como grupos cívicos con iniciativa en Alemania Occidental o «Acorn» en Estados Unidos buscan trabajar con elementos marginados fuera del proceso electoral, con el fin de que sea cual fuera la fuerza política que esté en el poder, ellos puedan continuar presionando por más derechos y representación.

Las posturas tomadas por Machajski y Michels implicaban que Marx mismo era un político «utópico», y en todos los aspectos en que él empleó la palabra. EUOS creían que la estructura de una sociedad a gran escala hace imposible un sistema igualitario no basado en la explotación que requiere una clase dominante que emplea su poder para aumentar sus privilegios. Pero al mismo tiempo ellos estaban de acuerdo con este método de análisis. En efecto, Michels aceptó explícitamente la concepción materialista marxista de la historia. Como él señaló, su propia propuesta, elaborada en *Partidos políticos*.

«completa esa concepción y la refuerza. No existe contradicción esencial entre la doctrina de que la historia es un registro de prolongadas luchas de clases y la doctrina que alega que las luchas de clases invariablemente culminan en la creación de nuevas oligarquías que son sometidas a fusión con las antiguas. La existencia de una clase política no está en conflicto con el contenido esencial del marxismo, considerando no como un dogma económico, sino como una filosofía de la historia...».

Aun cuando marxistas contemporáneos han elegido ignorar a Machajski y Michels, vale la pena citar que un importante teórico del Partido Bolchevique Russo, Nikolai Bukharin (en su *Historia del materialismo*, publicada en 1925) discutió las ideas de Michels y admitió tanto su importancia intelectual como la posibilidad de que Michels pudiese estar en lo cierto. Bukharin estaba de acuerdo en que en el período de transición de un capitalismo al socialismo, es decir, el período de la dictadura proletaria, inevitablemente habría una tendencia hacia la «degeneración», es decir, la aparición de un estrato dominante en forma de germen de lucha de clases». Pero contraatacó a Michels con el argumento siguiente:

«Esta tendencia será retardada por dos tendencias opuestas: primero, por el crecimiento de las fuerzas productivas; segundo, por la abolición del monopolio cultural. La creciente reproducción de tecnólogos y organizadores en general, en la clase trabajadora, mirará la posible alineación de las clases nuevas. El resultado de la lucha dependerá de qué tendencia salga más fuerte.»

Pocos hoy día permanecen en duda respecto a qué tendencia ha ganado. En palabras del antiguo segundo en mando de Tito, Milovan Djilas:

«La revolución comunista, conducienda con vistas a deshacerse de las clases, ha producido la autoridad más completa de una nueva clase. Todo lo demás es simulación e ilusión.»

En el último año de su vida, León Trotsky estudió la posibilidad de que el marxismo pudiese ser una doctrina utópica, e incluso que las clases trabajadoras de las sociedades industrialmente avanzadas (los países que tenían los prerrequisitos para «construir el socialismo») fuesen incapaces de tomar o sostener el poder. Si la revolución no hubiese ocurrido en el mundo occidental desarrollado, entonces (como su biógrafo y seguidor, Isaac Deutscher, resumió los puntos de vista de Trotsky)

«el punto de vista marxista respecto a la sociedad capitalista y el socialismo deberá admitirse como erróneo, puesto que el marxismo ha proclamado que el socialismo sería o bien la obra del proletariado o no existiría en forma alguna. ¿Era entonces el marxismo simplemente otra 'ideología' u otra forma de falsa conciencia que hace que las clases oprimidas y los partidos crean que están luchando por sus propios propósitos, cuando en realidad sólo están promocionando los intereses de una clase gobernante nueva o incluso vieja? Visto desde este ángulo, la derrota del primitivo bolchevismo naturalmente parecería ser de la misma naturaleza que la derrota de los jacobinos —el resultado de una coalición entre la utopía y la nueva clase social—, y la victoria de Stalin se presentaría como el triunfo de la realidad sobre la ilusión...».

O, en las propias palabras de Trotsky (*En defensa del marxismo*, 1966), si el «proletariado» fuese en realidad incapaz de cumplir la misión prevista para él en el curso de la historia, no quedaría nada que hacer excepto reconocer que el programa socialista, basado en contradicciones internas de la sociedad capitalista, terminaría "ti una utopía".

Trotsky no pospuso la prueba de la hipótesis marxista a un futuro lejano. Reconoció la realidad de los fallos de la izquierda en las sociedades industriales, y manifestó inequívocamente que la segunda guerra mundial, que acababa de empezar, presentaba la «prueba decisiva». Como señala Deutscher, él definió «los términos de la prueba con penosa precisión... Un

problema de los próximos años». Si la segunda guerra mundial no condujo a una revolución proletaria en Occidente, entonces el lugar del decadente capitalismo sería tomado no por el socialismo, sino por un nuevo sistema de explotación burocrático y totalitario, basado en el poder del Estado.

Desgraciadamente, Stalin no permitió que Trotsky viviese lo suficiente para reaccionar contra el continuo fallo del marxismo en las sociedades industriales y la expansión del «degenerado» y burocrático poder comunista en las naciones menos desarrolladas. Mantuvo su fe en el marxismo y en la revolución hasta su asesinato en México en el mes de agosto de 1940.

El movimiento «trotskista» ha continuado hasta el presente, aparentemente indiferente respecto al hecho de que la fecha para la prueba final de Trotsky haya pasado ya.

Finalmente, debería tenerse en cuenta que Trotsky dejó consejos específicos a los revolucionarios, respecto a lo que tenían que hacer si el marxismo resultara ser una doctrina utópica. Su recomendación era, en términos generales, la misma propuesta por Machajski y Michels: «Apoyar a las masas contra los opresores. Es evidente que se precisará un nuevo 'mínimo' programa para la defensa de los esclavos de la sociedad burocrática totalitaria.»

En el mundo contemporáneo, pensar en el proletariado y en la lucha de clases es enfocar la postura de los trabajadores en Europa Oriental. «La Revolución» ha venido y se ha ido, y ahora está comenzando, en circunstancias políticas casi inconcebibles en los días de Marx, para buscar formas de desarrollar, una vez más, la «conciencia de clases» y «organización de clases» bajo condiciones distintas a las del socialismo de Estado. Irónicamente, como demuestran las huelgas polacas, la inutilidad de muchas de las ideas sociológicas de Marx, especialmente las relativas a la manera en que la situación social de un proletariado industrial le permite organizarse más eficazmente que cualquier otra clase contra los opresores, se ha demostrado por los acontecimientos en el mundo comunista. Una «misión histórica» podría realizarse aun por estos sectores.